



III.



ESPUES de la acción de armas del día 5, inscrita con letras de oro en el libro de la historia, el Ejército invasor levantó su campamento de Amalucan replegándose hasta Orizaba y el Ejército mexicano en su seguimiento, acampó frente á la misma ciudad en espera de la División de González Ortega, que el Gobierno de Zacatecas había puesto á la disposición del Gobierno General. Esa retirada del Ejército francés bien podía llamarse fuga por su precipitación y el abandono en que iba dejando en el camino enfermos, heridos, botiquín y algunos bagajes; y como no hubo otra cosa digna de mencionarse, vuelvo con mi narración á Puebla para seguir por orden de fechas los demás acontecimientos.

La División de operaciones al mando del Señor General O'Horan, estuvo en Atlixco donde batió con éxito á las fuerzas reaccionarias de Márquez y Cobos, incorporándose al Cuartel General en la mañana del día 6 y cerca del anochecer del mismo día, el Señor General Antillón llegó con las fuerzas de Guanajuato, reforzando entre ambos con 4500 hombres á nuestro cuerpo de Ejército. Podría asegurarse sin jactancia que á haber

CAPITULO V
LA GUERRA

contado con ese refuerzo oportunamente, el Ejército francés habría perecido íntegro frente á los muros de Puebla.

Siguiendo el orden cronológico en la publicación de documentos valiosos por sus confesiones ó por los datos que pueden ministrar al porvenir, comienzo por insertar la proclama del Gral. Laurencez al Ejército de su mando: marco con una manecilla los párrafos sobresalientes de esa proclama, porque aunque el mundo entero sabe ya que el partido conservador fué la causa principal, el factor único de nuestras desventuras, la declaración de Laurencez me exime de apelar á comentarios, atendiendo al principio jurídico de la relevación de prueba á confesión de parte; y parte lo fué el aliado extranjero.

“SOLDADOS Y MARINEROS: Vuestra marcha sobre México ha sido detenida por obstáculos materiales que estábais lejos de esperar, según los informes que se os habían dado.

☞ Cien veces se os había repetido que la ciudad de Puebla os llamaba con ansia, y que su población se precipitaría á vuestro encuentro para coronaros de flores.

Nosotros nos hemos presentado delante de Puebla, con la confianza que nos inspiraba esta engañosa apariencia. ☞

La ciudad se hallaba erizada de barricadas y dominada por un Fuerte, donde habían sido acumulados todos los medios de defensa.

Vuestra artillería de campaña era insuficiente para abrir brecha en las trincheras, y para ello habría sido necesario un material de sitio. Sin tener este material, pero confiando en vuestra intrepidez, os habéis precipitado sobre fortificaciones defendidas por una inmensa artillería y por una triple hilera de fusilería, á la vez que teníais que sostener por vuestros flancos los esfuerzos de muchos batallones mexicanos, y de una numerosa caballería.

☞ Habéis hecho lo que solo los soldados franceses saben hacer; díganlo los muros de Guadalupe. ☞ Una fuerte lluvia vino á inundar el suelo y á hacer inaccesibles las cuestas, poniéndoos en la imposibilidad de renovar los ataques; pero el Emperador sabrá apreciar vuestros esfuerzos.

Sí, todo lo que os he dicho es cierto. Habéis sido engañados, como S. M. el Emperador, y habéis obligado á defenderse, precisamente á los que tenían simpatías por vosotros. Pero la Francia engañada sabrá reconocer su error, porque vuestro soberano es demasiado grande para hacer el mal. El mismo lo ha dicho: “la justicia acompaña por todas partes al pabellón francés.

¡Viva el Emperador!—*El Conde de Laurencez.*”

Llámame altamente la atención que el Conde de Laurencez encontrara una razón en *la fuerte lluvia* que cayó sobre el campo de batalla, pretendiendo desvanecer así la mancha que nuestro valiente Ejército imprimió en la reputación de que venían precedidos el Señor Conde y sus aguerridos subordinados: no sé si el Ejército mexicano iba provisto de paraguas cuando pudo seguir combatiendo, ni sé si también llevaba salva-vidas para no morir ahogado en la *inundación* ocasionada por las descorteses nubes; lo que sé, lo que todo el mundo sabe, es que aquellos incidentes no fueron obstáculo para que nuestros soldados pisaran con firmeza el terreno *inaccesible* para los vencedores de antaño.

Ni siquiera la disculpa fué bien pensada, pues para que la lluvia hubiera podido inundar el suelo y hacer inaccesibles las cuestas, se necesitaba que el nivel de las aguas hubiera subido á tal altura, que habría arrollado en su descenso á las partes declives, al Señor de Laurencez, á su Ejército, á sus municiones de boca y guerra, y por ende, á la pluma y al tintero que le proporcionaron los medios de escribir tan descomunally mentira, pues debe tenerse presente que la acción se libró en la falda de los cerros de Guadalupe y de Loreto, donde es imposible una inundación.

Yo ignoraba que solo los soldados franceses supieran correr frente á los ejércitos que defienden su libertad y su grandeza; pero el Sr. Laurencez lo dice, y cuando lo dice, en buenas razones debe de fundarse. Aunque ya se conoce la famosa proclama, no puedo privarme del placer de reproducir aquí uno de sus más bellos pasajes, el cual da á conocer al Sr. Conde como inhabil para manejar con maestría la pluma del defensor: El párrafo dice así: “*Habeis hecho lo que solo los soldados franceses saben hacer; díganlo los muros de Guadalupe.*” ¡Muy bien

Sr. Conde ¡muy bien! vuestro defendido, aunque agradezca el consejo, y eso sólo por deferencia á la superioridad de quien lo da, no esperéis que ante el Tribunal de la Historia apele al testimonio de los muros de *Guadalupe*, en donde el Sol de Mayo seguirá alumbrando por la eternidad de los tiempos, el recuerdo de vuestra ineptitud como asaltante, y de vuestra torpeza como militar ¡*Díganlo los muros de Guadalupe!*..... aun resuena en ellos el eco del clarín de órdenes del Ejército francés tocando retirada..... Aun resuena el eco de nuestras bandadas tocando diana al unísono, y aun resuenan en esos muros las palabras sacrosantas de: “¡Patria, Independencia y Libertad!”

Mis lectores perdonarán que en algunos casos me distraiga de mi principal objeto que es la Reseña histórica del Ejército de Oriente, cuando con esa distracción consiga demostrar con precisión algunas perfidias, ó logre acrecentar las glorias patrias, en cuya religión soy fanático, y por cuya honra he expuesto mi vida, y volveré á exponerla cuando necesario sea.

Indispensable es glosar la proclama del invasor: súfrase con calma la repetición de ella á fin de rendir un tributo á nuestra causa:

“Vuestra marcha sobre México ha sido detenida por obstáculos
“materiales que *estábais lejos de esperar.....*”

Seamos lógicos. Según esa declaración del Sr. Conde, debemos entender que supuso al país deshabitado, ó supuso que todos los hijos de Anáhuac habían sido hechos á *imagen y semejanza* de D. Juan N. Almonte. En el primer caso, no lo envidio desempeñando el papel de Robinsón en la América latina; en el segundo, pasa por un ignorante aceptando la fábula de la leyenda bíblica, hermosa para épocas en que se admitía el absurdo como

dogma; risible para los que tienen ligeras nociones en la Historia de las razas humanas. ¿No conocería el Sr. Conde las obras de Luis Figuier?

Para convencerse de que el Conde de Laurencez fué torpe al manejar la pluma de la defensa, bastaría leer el siguiente párrafo de su referida proclama:

“Cien veces se os había repetido que la ciudad de Puebla os llamaba con ansia, y que su población se precipitaría á vuestro encuentro para coronaros de flores: Nosotros nos hemos presentado delante de Puebla, con la confianza que nos inspiraba esta engañosa apariencia.”

Vamos á cuentas: la disyuntiva que voy á someter al criterio de mis lectores es concluyente: ó Laurencez fué candoroso ó fué descaradamente perverso: escoged. De estas dos proposiciones, veamos cuál es la más adecuada. Almonte, Haro y Tamariz y Miranda, *fueron los únicos*, sí, sólo *los únicos*, que repitieron *cien veces* al invasor que la ciudad de Puebla lo coronaría de flores al profanar con su planta nuestro suelo. La primera proposición se compone de varias partes que es forzoso analizar: Almonte había sido desterrado del territorio nacional como pernicioso á la paz pública; por consiguiente su opinión adolecía de capital defecto en buen derecho: era juez y parte: Haro y Tamariz era desleal á la patria, y los desleales en ninguna parte del mundo han tenido, ni tienen, ni tendrán voz ni voto: Miranda era un sacerdote relajado que no teniendo ya cabida en el convento, y vaya que es mucho decir, se convirtió en apóstata, rompiendo los votos de castidad y buen vivir que había hecho al pié de los altares, poniendo por testigo de sus fútiles promesas, al Martir del Calvario. El hombre que rompe sus títulos de honradez, que cobarde ante las obligaciones de su conciencia quiere sofocar la protesta del deber con el estampido de los cañones, no merece ser